

**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

*Cuento*  
*Poesía*  
*Fotografía*

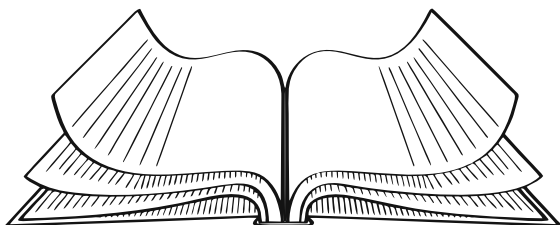
EJEMPLAR GRATUITO  
ABRIL-MAYO  
2021



No. *31*



**Escúchanos en  
Radio Anáhuac 1670 AM**



**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

**No. 31**

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)





PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)



PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

# ÍNDICE

---

## HABLANDO POR ESCRITO

### RITMOS

*La vida es como la inspiración, como en mi cerebro con déficit de atención*

Dave Brennan..... 8

*No hay amor en 5G*

Dave Brennan..... 11

### FIRMAS

*La secuestradora de catarinas*

María Elena Sarmiento ..... 13

*Placer culposo*

Virgina Meade..... 16

*Despidete de ella*

Andrea Fischer..... 19

*Loló*

Cecilia Durán Mena ..... 26

*Papando moscas*

María Elena Sarmiento ..... 30

### IMAGINARIO

..... 32

## VOCES

### *Flores y carnes*

Lilián Zúñiga..... 38

### *La selva azul*

Julieta Fuentes..... 40

### *Cassette*

Francisco Duarte Cué..... 46

### *Desesperación*

Juan Antonio Díaz Becerra ..... 54

### *El mago*

Bárbara Méndez Trillo ..... 56

## CONVERSACIONES

### *¿Para qué sirve la poesía?*

Cecilia Durán Mena ..... 61

# Hablando por escrito

**D**e un tiempo acá, me ha estado rondando una idea que viene y va, como si en su revoloteo estuviera jugando conmigo. Seguro es eso, porque si le preguntamos a un escritor cuáles son los pensamientos que le atraviesan al empezar a escribir, las respuestas son variadas y se corresponden al tipo de escritor de que se trate. Hay quienes convocan a las musas, otros cantan la furia de sus protagonistas, incluso hay quienes insisten en que son sus personajes los que los eligen, los atrapan y no los dejan en paz hasta haber terminado de narrar su historia. Hay otros que planean todo con la precisión de un relojero: hacen escaletas, saben lo que quieren decir y las razones para hacerlo; tienen un mapa detallado de aquello que van a contar y en el momento en el que lo van a hacer. Sin embargo, lo que me ha tenido entretenida va en un sentido distinto.

Es raro, pero tiene lógica. Me ha dado por imaginar qué pasaría si cambiáramos las reglas del juego, si decidiéramos salir de la caja y en vez de creer que son el escritor o el lector los actuantes en el proceso de la lectura, fuera el texto el que siente un enorme deseo de ser leído. En esa condición, lo que vamos a leer deja su papel

pasivo y se pone en juego para lograr su cometido. Actúa. Imagino que ejerce cierta forma de hechizo, conjura sus poderes magnéticos y tiende sus campos imantados para que el lector lo elija y pase los ojos por los renglones. Si los personajes pueden atrapar escritores, por qué los textos no podrían elegir lectores.

Insisto en que esta idea tiene sustento. ¿No les ha pasado que de repente se topan con un libro que no recuerdan haber comprado y al leerlo lo disfrutaron muchísimo? También están los que te recomiendan, los que llegan a tus manos en forma extraña: te los encontraste, te los regalaron en un intercambio, te llamaron la atención en la mesa de novedades de alguna librería, te llamó la atención el título, lo escogió para ti alguna aplicación o sencillamente, apareció. Si te ha pasado, podrás entender que mi idea no es tan descabellada y que también los textos tienen voluntad.

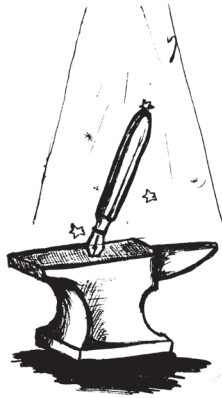
Las palabras se constituyen en seres actuantes que van por aquel o aquellos a quienes quieren seducir. El texto tiene que probar sus capacidades de atracción y tener los méritos suficientes para sustentar el deseo del lector. Si esto fuera así, tal como lo dice Roland Barthes, el lenguaje es redistribuido. En este orden de ideas, los textos adquieren independencia y corren con entera libertad detrás de quienes han sido elegidos por ellos mismos.

Si esta idea te resulta pertinente, los textos que vas a leer en este número te han elegido a ti para desatar las cuerdas de la fantasía y del corazón; será así que, por el



deseo de estas palabras se dará el encuentro entre el lector y el escritor. Dicho de otra manera, haz sido atrapado y la misión de Pretextos literarios por escrito se ha cumplido nuevamente.

Seguimos atrapando lectores para nunca dejarlos ir.  
Con ustedes el número 31.



Paúl Núñez

# La vida es como la inspiración, como en mi cerebro con déficit de atención

---

Dave Brennan

---

El humo grisáceo de mi tabaco  
allá con las nubes bien contrastado  
después de escaparse por la ventana  
recuerda a varios volcanes de casa  
y a un viaje en carretera

La vida es siempre un perpetuo viaje  
de puros parajes y personajes  
quiero esfumarme, ver todos, ver más,  
pero no puedo a varios lados viajar  
a la vez aunque quiera

mi cerebro cuántico claro que sí  
le encanta moverse de allá para aquí  
como las ondas de alberca en verano  
voy por más hielos para mi vaso  
la proporción se altera:

un trago más robusto es una ola  
pero más agua la marea controla  
un cigarro en un splash se transforma  
pero de la pipa un huracán forma  
que sí marea y macera

la ráfaga de mensajes y alertas  
 a las musas en la luz dejan muertas  
 la creación e inspiración en el umbral  
 se esfuman, fenómeno anti-natural  
 eso nadie quisiera

distracción con TDAH sumalé  
 tengo que hacerme de comer bajalé  
 ¿Qué hora es? ¿Por qué la luz es incierta?  
 ¿Habré dejado la llave abierta?  
 Hay más de una manera

seguro me paro y enter the mosca  
 ¿Adónde se fue la perra muy tosca?  
 Se atasca el humo a ventanas cerradas  
 pero no entran moscas clonadas  
 todo es una bobera

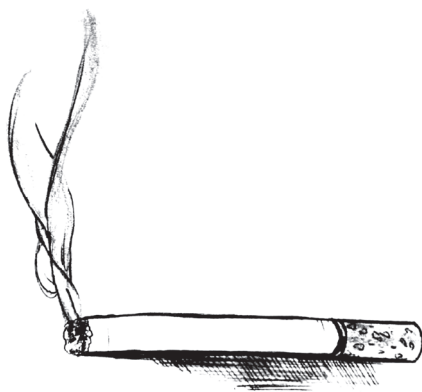
Llega la hora de cambiar de canción  
 la música es un velero, un danzón  
 tanta marea y ahora al baño  
 y ahora parece que ya pasó un año  
 cerré la llave aguacera

una canción desplazada en el tiempo  
 dicha nostalgia pero ¿a qué momento?  
 A cuando era dichoso y Amallado  
 O cuando no y sufrí Orillado  
 ya me suena a otra era

Mi espalda ya está muy enderezada  
mi pupila también muy dilatada  
ya estoy más que listo para escribir  
olas cromáticas recibir  
no dejaré que muera

Paso a paso no todo a la vez  
por favor que si no sólo veo rojez  
muchas opciones me nublan la vista  
aventar todo a la mierda inspira  
no te me quedes fuera

¿Cuánto tiempo va a durar esta vez?  
La ventana se achica en la vejez  
Se te van las noches sin dormir  
Otro cigarro hay que consumir  
Escapemos a otra era.



Paúl Núñez

# No hay amor en 5G

Dave Brennan

Ayer fumé de más  
Y me invadió un terrible sentimiento  
De que no estarás para mí más  
Como lo estuve en ese momento

Tantas notificaciones  
Ninguna es tuya  
Sólo la pena de varias ficciones  
A mi cabeza arrulla

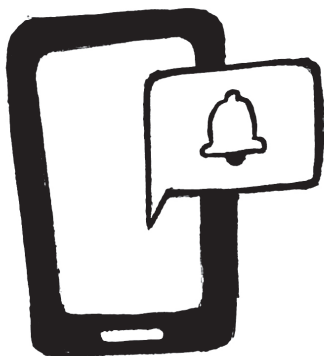
¿Por qué no me llamas?  
Sólo basta con un clic  
¿Por qué no me llamas?  
Como dijo Carole King

Subiste un story  
Con la fotografía que te tomé  
Fumando ese cigarrillo  
Con la canción que te mandé

Hoy cambié la ruta de Uber  
Tomé el camino largo por tu casa  
A ver si te puedo ver  
Y entender lo que me pasa

¿Por qué no me llamas?  
Tanta plata costaría  
¿Por qué no subes quince stories?  
Como dijo Rosalía

Tal vez todos tenían razón  
Y hay un millón como tú  
¿Cuál es la LADA en un millón?  
Presiono OFF en el menú



Paúl Núñez

# La secuestradora de catarinas

María Elena Sarmiento

Marce estaba aburrida. Ni siquiera encontraba su habitual paciencia para jugar un rato con su hermanita. Tantos meses encerrada le habían agotado el lado bueno. La verdad es que al fin se había cansado de intentar explicar lo que hacía a cuantos metiches que nada más andaban de curiosos igual que ella sin nada que hacer le preguntaban. Es que en estas épocas, nadie aportaba cosas nuevas. Ella, por ejemplo, no es que no tuviera tarea. Sí. Los maestros abusaban y los querían tener todo el día ocupados en nimiedades, pero se habían vuelto expertos en darle la vuelta a las pequeñeces y encontrar la forma de hacer las cosas más rápido. Copiar, pegar y cambiarle un poco. Lo suficiente para que no se vea idéntico. Por eso, con frecuencia tenía tiempo para aburrirse.

Se puso a leer sus redes sociales. No podía creer lo bruta que se vuelve la gente en la pandemia. Eran capaces de creer cualquier cosa que apareciera con un tamiz de realidad. Quería crear la peor ridiculez posible y hacerla pasar como verdad. Para hacerlo divertido, habría que combinar algo peligroso con algún detalle que lo vuelva cómico. Sólo se quería burlar.

Cuando era pequeña, le gustaba ir al circo a ver a los domadores de leones. Ahora ya no había animales

en los espectáculos. Ella no podía creer que los hubieran tratado mal. Esas fieras que ella recordaba se veían muy bien alimentadas, de otra manera un ser humano no se atrevería a acercárseles, suponía. Sí. Se le ocurría que ella sería el equivalente a una domadora de bestias salvajes, pero para catarinas. En la imaginación de la gente, lograría que esos tiernos insectos rojos con puntitos negros pasaran por aros de fuego, se montaran unas sobre otros hasta hacer una pirámide de mariquitas e hicieran malabares. Las entrenaría hasta para barrer la casa y lavar los platos. Si existían circos de pulgas, ella crearía el primer circo de catarinas. No creía que hubiera una ley que prohibiera el uso de insectos en escena.

Se pasó todo el día pensando cómo iba a hacerlo parecer real. Iba a anunciar su espectáculo virtual y a cobrar una módica cantidad por tener la oportunidad de entrar a comprobar las maravillas que sus catarinas ejecutaban. Estaba segura de que, movidos por la curiosidad, muchos iban a caer. Si no, al menos luego se reirían juntos.

Se pasó todo el fin de semana haciendo simulacros virtuales y organizando su acto. Mientras, su hermana furiosa por estar relegada en un rincón, puso un anuncio:

*Urgente. ¿Cuándo fue la última vez que viste a una catarina viva?*

*Una villana quiere hacer el circo de catarinas más grande del mundo. Ha secuestrado a todas y no piensa*



*regresarlas hasta conseguir \$10,000.00. Ayúdame a juntar esa suma para rescatarlas. Deposita en mi cuenta lo que vale para ti volver a tener catarinas en tu jardín. Abajo venían los datos para hacer la transferencia bancaria.*



Paúl Núñez

# Placer culposo

Virgina Meade

---

Llámallo consentimiento. Viernes por la noche, el último café del día, sentada en el sofá frente a la tele disfrutando de una película de acción, nada complicado: persecuciones de autos, disparos, música electrónica. La familia ocupada en sus cosas, muy, muy lejos de donde estoy. Esperen. No puede ser eso, porque estoy segura de que la luz de la habitación estaba encendida. Entonces, debo estar leyendo. Apoyada en los cojines recostada en el mismo sillón de antes, con el mismo último café del día. Mi hija se aparece y me saluda, levanto la mirada, la veo parada frente a mí, sonriendo. En un segundo la alegría desaparece, se cubre la boca, su expresión es de horror y pánico. Grita:

—Madre, tu ojo derecho está tan rojo que parece que va a explotar. Es el ojo de Mordor. ¡Mírate en el espejo! Ven.

Me alarma cómo lo dice no tanto lo que me informa. Dejo a un lado mi novela y voy a la recámara. La esclerótica es como una ciruela madura. El iris y la pupila son parte de un hoyo negro, profundo e insondable. Estoy fascinada comparando ambos ojos: el izquierdo, alerta y brillante. El otro está impávido. Para tranquilizar a mi hija le digo:

—No me duele. Mañana hago una cita con el oftalmólogo para que me revise.

Obvio, los demás fueron a observarme, mientras decían: haz esto y aquello, ¡qué hiciste!, eso te pasa por no cuidarte al salir al frío, ¡ya deja de jugar tanto en la computadora!

En cuanto despierto me acerco al espejo, el ojo color ciruela me devuelve la mirada. Parece un ente alienígena que trata de llegar hasta mi núcleo para descubrir mis secretos, los perdonables y los imperdonables. No me quiere liberar.

A las diez le marco al oftalmólogo. Una voz me informa que los sábados el doctor no trabaja. Ni modo, a buscar un galeno que esté cerca de mi casa. La persona que me contesta dice:

—El doctor Chiang no da citas los sábados. Como van llegando las personas, los atiende.

Pienso, tiene nombre de película de terror o personaje de novela apocalíptica.

Mi hija insiste en acompañarme lo cual agradezco. Quizá tenga que dilatar la pupila. Llegamos a un edificio que luce prometedor.

La antesala es estrecha y por lo menos hay diez personas. Me acerco a la recepcionista quien dice que el doctor Chiang me atenderá en cuanto pueda porque lleva una hora de retraso.

El doctor Chiang no tiene el aspecto de médico de película oriental, el consultorio es espacioso; cuenta con el mismo equipo de nuestro oftalmólogo, parte de mis temores se desvanecen. Me pide me quite los anteojos para ver mi ojo. No sé que espero de su reacción quizá algo de

preocupación o alarma, pero no, se queda inmutable y me dice que debe observar el fondo del ojo. Acerca uno de sus equipos a mi cara y se sienta detrás de él.

Cuando se incorpora su expresión es de calma y asomando una ligera sonrisa me informa:

—Señora, el fondo del ojo está perfecto; tiene un derrame muy escandaloso que se quitará en un par de semanas. Esto es como un moretón. No lo toque y aplíquese estas gotas en ambos ojos. Lo que ocurre es que usted acostumbra a tallarse con rudeza los ojos y rompió los vasos sanguíneos. Ya no lo haga.

Mientras extiende la receta para unas gotas pienso en el placer que es para mí tallarme los ojos. Apretar los dedos y pasar los nudillos una y otra vez sobre los párpados cerrados. Me deja una sensación maravillosa. Ahora sé que debo renunciar a ese placer culposo. Suspiro. Me extiende el papel y su recibo de honorarios, razonables por cierto y le digo antes de salir:

—Doctor, ¿quiere deshacerse de todas las personas que están en la antesala? sólo me quito los anteojos oscuros y saldrán corriendo.



Paúl Núñez

# Despídete de ella

Andrea Fischer

*testis unus testis nullus*

## *1. El resto del mundo*

Soñé que estábamos juntos. Que tomábamos fotos con la Polaroid de mi mamá. Esa viejita que ya no funciona, pero que nos prestaba de niños porque ella nunca le encontró el valor que nosotros le dábamos. El resto del mundo era lo de menos.

Eso fue lo que me dijo Esperanza la última vez que la vi.

Nos vimos en una fondita de Santo Domingo un sábado porque ahora vivía en el centro, y la plaza le quedaba cerca. Yo vivo en la Roma, así que no me queda lejos pasar a saludar. Platicamos de lo que sea mientras desayunábamos enchiladas suizas. Ella siempre fue de pocas palabras, pero me caía bien porque me enseñaba cosas extrañas cuando íbamos a visitar a mis tíos: escarabajos, cámaras viejitas, libros empolvados. Esa vez, me contó que vivía sola con un tal Miguel. Me dio gusto por ella. Al despedirnos, le pregunté que si quería que la dejara en su casa. Negó con la cabeza y me fui.

Ese día hubo un montón de tráfico sobre Eje Central. Seguro había algún tipo de manifestación, porque

el centro se presta para eso. Me tardé dos pinches horas en llegar a la casa. En el retrovisor, me di cuenta de que un coche atrás de mí traía una corona de rosas blancas. Luego me vi a mí mismo: puta madre, la escuela sí me trae bien madreando, pensé.

Al entrar, mi hermano, Cacho, estaba tirado en el sillón de la sala viendo la tele.

—¿Dónde andabas, güey?

—Fui a desayunar con Esperanza.

Me preguntó que por qué me seguía llevando con ella, si era bien rara. *No sé*, le dije, *nomás me cae bien*. Esa noche, vi que Esperanza tuiteó una foto en blanco y negro de la plaza con varias palomas emprendiendo vuelo. Le di *retuit*. La mera verdad, mi prima tomaba buenas fotos.

## 2. Tanto desmadre

Cuando me enteré de que Esperanza había muerto, una neblina discreta, pero presente, me pobló los ojos. Al principio me imaginé que era la contaminación de la ciudad —tantos carros, tanta gente, tanto desmadre—, pero luego me di cuenta de que era franca tristeza. No me sentía mal. Sólo era la pérdida.

Me lo dijo su mamá. A ella le habló algún noviecillo que se consiguió para finalmente independizarse. En la familia se sabía que nunca lograron tener una buena relación. Poco tiempo le duró el gusto. Todos sabíamos que

la prima era inestable —siempre estuvo demasiado flaca y a veces hablaba sola—, pero algo en mi fuero interno me decía que iba a estar bien: tenía trabajo, alguien que la quería y un lugar decente para vivir con el sueldo que ganaba. Me equivoqué.

Cuando sonó el teléfono, Cacho estaba dormido en su cuarto. En el departamento sólo estábamos él y yo, porque mi papá estaba en la oficina. Yo me tomé el día libre, porque me dolía la cabeza y no podía manejar hasta la universidad así. El terremoto de septiembre me había dejado un temblor en las manos que me estaba desquiciando. No podía ni escribir mensajes en el teléfono sin que las palabras se me tropezaran.

—¿Albertito?

Reconocí la voz de mi tía Yolanda del otro lado de la línea. A la gente de su edad todavía le gusta hablar por teléfono.

—Hola, tía. ¿Cómo estás? ¡Qué gusto!

—Se murió, m'hijo. Esperanza se nos murió.

No me dijo más. Le pregunté que en dónde podíamos acompañarlos. Me dijo que en Gayosso de Félix Cuevas. Le prometí que ahí estaríamos. Colgamos. Decidí no despertar a mi hermano hasta haber hablado con papá. Cuando le marqué, estaba tan concentrado en lo que estaba haciendo que sólo me preguntó:

—¿Por?

Insistí:

—Papá, se murió Esperanza. Mis tíos van a estar en Gayosso de Félix Cuevas.

Entonces entendió. Tragó saliva:

—¿La hija de mi hermana?

—Sí, papá. La de lentes.

—Ay, cabrón. Voy para allá. Vístanse bien, por favor.

Desperté a mi hermano. *Déjame en paz, pendejo*, me dijo entre sueños, arrastrando la lengua.

—Ya, güey, es importante. Se murió Esperanza, nuestra prima.

Se incorporó asustado.

—¿La que hablaba sola? Ah, no mames. ¿Cuándo?

—Apenas. Me acaba de marcar Yolanda.

Me tardé media hora en que estuviéramos listos.

Cacho se puso una camisa negra, tenis y *jeans* oscuros. Yo me quité la barba y me puse saco. Al salir, mi hermano me dijo que si iba a unos quince años. No me dio risa. Luego agarré el coche y puse el GPS. Ya tenía rato que no iba para allá. Aunque era viernes, no había tráfico: nos tocó pura luz verde. Sólo sentía las manos en el volante y el silencio al interior del coche, como una corbata apretada alrededor del cuello. El resto del mundo era lo de menos.



### 3. *No la he sacado de ahí desde entonces*

Fue entonces que la neblina empezó a formarse: la veía entre los edificios, serpenteando en torno a los coches, bailando con la gente. *Chance llueva*, pensé, pero no fue el caso. El día estaba seco. Al llegar a la funeraria, dejé el carro en una de las calles paralelas, porque Félix Cuevas es un eje vial, y la grúa se los lleva si te estacionas en doble fila. Mi hermano y yo entramos sin decir una palabra. En la entrada, vimos a mi tío fumando con unas ojeras pesadas colgándole debajo de los ojos. Estaba encorvado, viendo el paso de los carros sobre la avenida, como si buscara a alguien. Cuando me acerqué a él, me di cuenta de que olía a alcohol, aunque llevaba sobrio más de quince años.

—Cuánto lo siento, tío.

—Gracias, hijo.

Lo abracé y Cacho hizo lo mismo. Tal vez no me reconoció. Se veía veinte años más viejo.

Entramos al velatorio. Era un cuarto completamente blanco con un par de sillones de cuero y varias sillas aisladas pegadas a la pared. No había mucha gente. Mi tía estaba parada a un lado del féretro. En el fondo, un joven despeinado con barba de varios días estaba sentado con los codos apoyados contra las rodillas y ambas manos cubriéndole el rostro por completo, sollozando. A su lado estaba sentada una niña chiquita muy pálida, con una chamarra negra que

le doblaba el tamaño encima. Por lo demás, no reconocí a nadie. Mi hermano se acercó a Yolanda:

—Yolis, qué pena. No me lo creo.

Ella se quebró:

—Ay, Cachito. Tenía tu edad.

Mi hermano cumplió veintitrés en julio. Esperanza era de febrero, creo, y aunque yo era más grande que ella, siempre nos llevamos más. Cuando Cacho se apartó, Yolanda me miró a los ojos. Estaba cansada, con los labios despintados y un chongo desbaratándosele sobre la cabeza. Sentí pena por ella, y a pesar de eso, no me nació decirle cuánto lo sentía.

—Si quieres acércate, Betito. A ti te quería mucho.

En ese momento, me di cuenta de que la caja estaba abierta. Sentí frío. La niebla se metió por las ventanas del lugar: envolvió a mi tía, empapó a mi hermano y desvaneció al resto de los presentes. Escuché a la distancia:

—Órale, m'hijo. Despídete de ella.

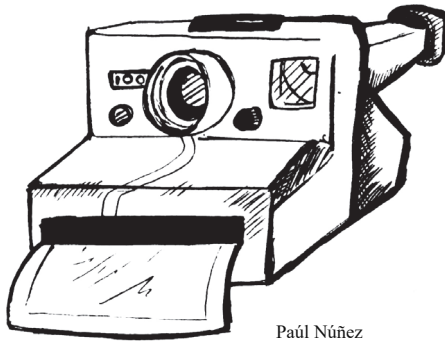
Me acerqué al ataúd. Al interior, no vi nada: una nube gris y pesada me obstruía la vista. Según mi hermano, me quedé ahí parado quince minutos. Luego llegó mi papá y me dijo que me sentara. No me acuerdo de nada de eso.

Lo siguiente que tengo muy presente es que, en una silla al otro lado de la sala, vi la Polaroid que usábamos de niños. Fui hacia allá. Debajo de la cámara, había un sobre de papel con una nota al interior: *Gracias*, escrito a mano

con una caligrafía apretadísima. Adentro había una foto de ella y yo a los ocho años, más o menos. Ya desde entonces usaba lentes. La saqué y vi cómo, poco a poco, el rostro de Esperanza se empezaba a difuminar. Luego desapareció por completo. Guardé la foto en mi cartera. Nunca le dije a nadie.

No la he sacado de ahí desde entonces.

Con el tiempo, seguro mi rostro se desvaneció también.



Paúl Núñez

# Loló

Cecilia Durán Mena

Loló se sienta frente al espejo. Abre el cajón del tocador. Saca el cepillo. Pasa las cerdas sobre el cabello y lo estira en un peinado que le despeja la frente. Se mira. Suspira. Enciende la luz. Las bombillas iluminan el cambio progresivo que ha sufrido en el rostro. El contorno facial luce distinto. Si en los años de juventud era cuadrado y redondeado en los ángulos, ahora su forma es la de un diamante, afilada en la barbilla: puntiaguda. Alarga el cuello. El lifting facial para recuperar la forma ovalada y el implante de pómulos le dio turgencia en las mejillas. Tal vez mucha.

El doctor le dijo que el objetivo era disimular los efectos de la gravedad que le daban ese aire melancólico. Pero ella insistió en ir a fondo. Se observa. Sí, esa fue la palabra que usó: melancólico, cuánto drama. Hasta pesaroso hubiera sido una mejor palabra y ni eso. Decaído, sí eso sí. Lo que se buscaba era aligerar el decaimiento que la hacía lucir triste.

La mirada también sufrió una importante transformación. Sus ojos parecen más abiertos y la mirada más despierta. La blefaroplastia le quitó las bolsas que tanto la mortificaban. Los ojos quedaron más separados que antes, rajados y a la vez hendidos. El rotoque en la boca con ácido hialurónico hizo que los labios se vean abultados. Los mueve. Le duele. Suspira. Intenta sonreír. Le cuesta. Es un martirio. La frente está paralizada, las proporciones están

descuadradas. Perdió expresión. Las lágrimas le recorren el rostro. Sus ojos todavía guardan algo de fuego que se enciende con el dolor.

—No, esto no es lo que yo esperaba de la doctora Molina, querido. Mira esto, cariño —quiso hacer un puchero, como antes, para quitarle el mal humor. No pudo.

Por la mañana, Nando se fue dando un portazo. Salió de la casa, se subió al coche y rechinó las llantas en un arrancón.

—Lo sé. Lo sé. Sé que no hice lo que me pediste— dijo con voz descompuesta, antes de que Nando se fuera.

—Teníamos un trato —el enfado del tono le dolió a Loló más que los pinchazos en el consultorio de la doctora Laura Molina.

La mañana será larga, hecha de suspiros y atisbos a la ventana. Antes, los amaneceres eran hijos de mimos, susurros, besos y caricias. Sobre todo al principio. Luego ya no. Hace mucho que ya no. Detrás de la oreja, le estilan aquellas palabras de advertencia que no quiso escuchar. Creyó que no era en serio. Siempre se iba y regresaba a las pocas horas con la cola entre las patas. Mira el reloj y siente que le punza el pecho.

¿A dónde iría? No tiene muchas alternativas. Estaba furioso. Se fue en su coche. Dejó las llaves de la casa en la mesita de noche. Se despidió. Le dio un abrazo. Loló lo retiró, la pastilla del dolor no había hecho efecto. A pesar de todo, se dice que está bien, bajo control. Respira. Siente como si se le escurriera el amor que le prometieron. Aprieta los puños en un intento de retener el aliento.

Arruga una toallita húmeda y la tira al bote de basura. Humedece una borla de algodón con el tónico reafirmante y se lo pasa por la frente, las mejillas, nariz y mentón. Se maquilla los párpados, dibuja una línea en el nacimiento de las pestañas, se aplica rímmel. Abre el frasco de la base y con las puntas de los dedos dibuja circulitos en todo el rostro. Toma la brocha y las esparce en forma uniforme. Elige un color rojo para los labios y los repasa con un brillo algo pegajoso.

Compara. Los efectos de la cirugía no se equiparan a las maravillas del photoshop del último estudio fotográfico que les hicieron. Aunque ya no fue tan bueno como el primero en el que los dos parecían hijos del Sol. En el último, Nando se ve fuerte, la línea de la mandíbula firme, el pecho erguido y el abdomen ejercitado. Loló sonríe, la mirada dice que está feliz y lo está, pero la sonrisa da miedo. Los labios tan estirados parecen prolongarse hasta el nacimiento de las orejas, los pechos son como toronjas pero el torso está abultado, parejo, sin curvas más que la que sale desde el esternón hasta el pubis. Ni la faja ni aguantar la respiración lograron disimularle la panza. Los años se notan.

No importa. Loló siempre encontró una forma de hacerse obedecer. Lo dominaba. Así es el juego, uno manda y el otro se deja gobernar. Tenían sus formas y aun cuando no estuviera de acuerdo, Nando terminaba a su lado.

Se asoma por la ventana. Nando no ha vuelto. ¿Llamo, no llamo? Marca el teléfono. Le contesta una grabación que indica que el número está fuera del área de

servicio. Manda un mensaje. Ven. Hablemos. Lo recibe. Sabe que ya lo recibió. No contesta. Vuelve. No hay respuesta. Después de mandar tantos mensajes, Loló cae vencida por el sueño. La luna está por ponerse, ya se dibuja un gajo tan blanco y tan delgado en la cortina del cielo. La sombra de los ojos ya está corrida, la pintura de los labios se chorreó.

Loló asiente. Siente el alma empolvada y el corazón enredado entre cuerdas. En una mirada, capta la verdad con sólo verse al espejo. Esta vez, terminó el juego. No volverá.



Paúl Núñez

# Papando moscas

María Elena Sarmiento

---

Hoy quiero escribir versos desde el fondo del alma  
y sólo puedo pensar en Pin Pon,  
el que se lava sus manitas.  
¿Cómo se moja si es de cartón?

Respiro profundo. Necesito asirme a algo trascendente.  
¿Por qué la inmortalidad del cangrejo?  
Caminan de lado y engañan al tiempo.  
Lo que yo haría sin tan sólo eso fuera cierto.  
Los cangrejos mueren. Las poetas también.

Si me esmero, lograré escribir algo con lo que te identifiques.  
Y recuerdo que abro la boca al maquillarme.  
Me arrepiento de haber dicho que mi amiga tenía buen  
semblante.  
¿Por qué miento para hacerla sentir mejor?  
Necesito concentrarme.

Yo soy... ¿ésta que piensa?  
¿Dónde estará ubicada mi conciencia?  
Podría estar en la axila.  
Tal vez por eso es la única parte del cuerpo donde usamos  
desodorante.  
¡Cómo me suda la razón!



Es hora de ponerme seria.  
Me sé capaz de pensamiento profundo.  
Todos necesitamos creer en algo.  
Los mosquitos vienen a mí confiados en que podrán  
disfrutar de mi sangre.  
Yo voy a dejar de esforzarme.  
Mejor voy a investigar dónde están  
las 17 parejas de calcetines que viven solos en mi casa.



Eduardo Caballero



*Sin título*  
**Alessandra de Zaldo**



*Alonso*  
**Andrea Fischer**



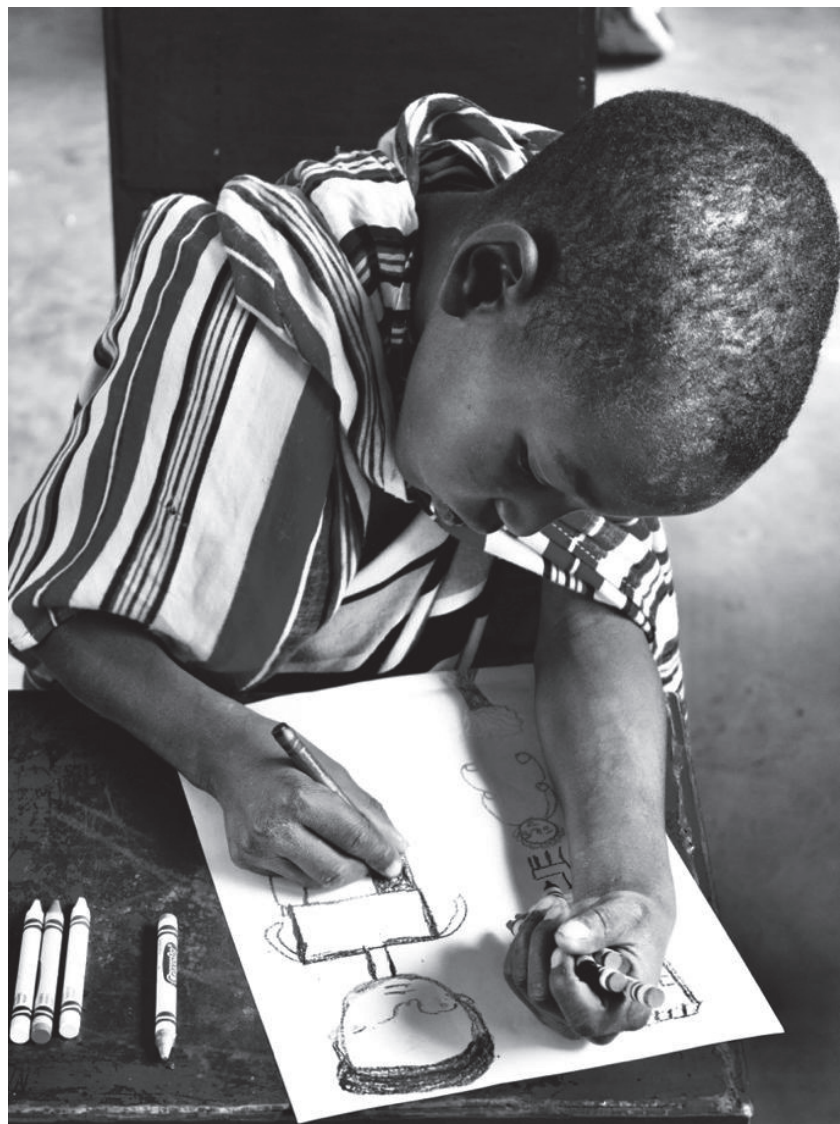
*Día de pesca*  
**Octavio Sánchez**



*Los Reyes I*  
**Santiago López**



*Los Reyes II*  
**Santiago López**



*Sin título*  
**Paulina Santiago**

# Flores y carnes

Lilián Zúñiga

Mariana era la del puesto de las flores, siempre con la sonrisa más alegre y más bondadosa, era la que llenaba de alegría al mercado con su despampanante mirada, angelical voz y rizos que se movían como si tuvieran vida propia y con cada rebote quisieran bendecir a todo aquel a su paso con buenos deseos. Junto a su puesto estaba el hijo de Don Román, que en paz descansa, de nombre Jaimito, también conocido por los niños burlones como Jaimito “el enfermito”, era quien vendía carne deliciosa que toda ama de casa quería llevar a su familia.

Ese día Jaimito llegó una hora más tarde de lo habitual, Mariana ya estaba rociando sus flores para que brillaran a la vista de todos.

—¡Jaimito! Veo que llegas tarde, ¿y tu mamá? no la he visto desde la semana pasada, ¿está bien?

Con mucha dificultad y un incesante parpadeo, miró a la mujer que le parecía la más bella de todas, Mariana. Era la única a quien no la había escuchado hablar con una espantosa voz condescendiente sobre su condición y por eso estaba perdidamente enamorado de ella.

—S-sí. Mamá está en casa pero y-ya viene a ayudarme a vender.



—Bueno, pero si está enferma o le pasó algo me lo harías saber, ¿verdad? —alargó esta última sílaba como si le hablara a un niño pequeño y Jaimito se sintió abrazado por la calidez y la dulzura de su voz.

—S-sí, claro, M-Mariana.

Con una enorme sonrisa esbozada en ambos rostros se dieron las espaldas y concluyeron la charla. Mariana se quedó un rato más con la sonrisa hasta que llegaron los primeros clientes del día. Por otro lado, Jaimito no dejaba de sudar. Un pánico mezclado con una furia incontrolable se había apoderado de su rostro deforme y con manos temblorosas levantó los restos que todavía tenían un poco de sangre y los puso en el mostrador. Casi sintió culpa por ponerle el letrero con la leyenda “Carne \$90.50” en lo que quedó del cuerpo de su madre, pero luego se relajó recordando su exquisito sabor y supo que volvería a casa con más de \$300 pesos en los bolsillos.



Paúl Núñez

# La selva azul

Julietta Fuentes

—¡Se murió Torcuata la iguana! —comentaban todos en el recreo.

—Con razón Adrián está tan triste, era su mascota desde hace mucho —dijo Esteban.

—Vamos a buscarlo para jugar, a lo mejor podemos encontrar otra iguana o aunque sea una lagartija —opinó Cristina.

—Su papá le quiere regalar un perro, pero Adrián dice que ya no quiere nada y creo que tiene razón; como Torcuata no hay dos —aseguró Esteban.

Ellos sabían lo importante que había sido la iguana para Adrián y tenían la esperanza de que él encontrara otra que le quitara la tristeza. Saliendo de la escuela, Cristina y Esteban lo convencieron y los tres se fueron a la Selva Azul.

Adrián no tenía ganas de nada y mejor se quedó sentado junto a un árbol enorme que daba mucha sombra. Ya casi se dormía, cuando sintió que le había caído algo en la cabeza; dio tal brinco, que casi se pega con una de las ramas. Quiso quitársela de encima, pero la cosa no se soltaba de sus cabellos. Poco a poco fue subiendo las manos hasta que la atrapó. La bajó para verla y, durante un rato, la cosa también lo miró a él.

—¿Tú qué eres? —preguntó Adrián confundido, sin

recibir respuesta—Claro, seguro no hablas, pero qué tonto soy, si eres un... ¿qué eres?

Con tanto alboroto, Cristina y Esteban fueron a ver qué pasaba.

—¿Qué haces con ese “muerciélago”? —gritó Cristina como loca— ¡Suéltalo, te va a morder!

—¿Cómo crees? Ve qué mirada tiene. Tú no eres un murciélago, aunque por tus alas podrías serlo. Mmm... más bien parece un jaguar morado con cuernos amarillos y alas de dragón —le decía Adrián al pequeño ser.

Cristina, que era la mejor amiga de Adrián y Esteban, seguía gritando:

—¡Es un “muerciélago”, es un “muerciélago”!

—Cristina, no es “muerciélago”, pronuncia bien —comentó Esteban.

—Bueno, como se diga, pero esos muerden.

—Parece un alebrije —continuó Esteban acercándose con cuidado.

—¿Cómo que un alebrije? Esos no están vivos y esta cosa o animal o lo que sea está bien vivo y no deja de mirarme. Hasta parece que quiere llorar y tiembla toditito.

¿Tú crees que nos entienda? —preguntó Adrián.

Cristina se aproximó poco a poco al ver que sus amigos no le tenían miedo a ese animal con alas.

—Mira, tiene los ojos igualitos a ti, Adrián —aseguró Cristina.

—¿Cómo crees? Eso es imposible. Nadie, pero nadie en este mundo tiene los ojos iguales a otro.

—Pues yo no sé, pero tiene los ojos iguales a los tuyos. Hasta parece que tú me estás viendo —sonrió Cristina.

Adrián seguía sorprendido mirando aquella extraña criatura.

—Te digo que es un alebrije —insistía Esteban — mi padrino hace unos de cartón y engrudo y luego los pinta con colores y figuras. Yo los he visto y así son.

Cristina se animó a acariciarlo y de repente sus alas cambiaron de color; se llenaron de una luz que hacía que se vieran verdes, casi transparentes.

—Parecen alas de hada —dijo emocionada Cristina.

Esteban también lo acarició y de inmediato las alas cambiaron de color, volviéndose azules.

—Qué raro —dijo Adrián —¿Por qué le pasará esto? Cuando lo tengo entre mis manos, sus alas son de muchísimos colores y con ustedes se vuelven azules o verdes.

—Yo creo que es de la familia de las hadas o hasta podría ser un hada encantada, que se convirtió en... mmm, alebrije ¿no creen? —murmuró Cristina.

—No, las hadas no existen —Esteban afirmó.

—Claro que sí existen —discutía Cristina— ¡acuérdate que yo vi una!

—Oigan, dejen de pelearse; ya dejó de temblar y se acercó a mí como para dormirse —dijo Adrián en voz

baja—. ¿Me lo podré llevar a mi casa para cuidarlo?

—¡Claro que no!; su mamá lo ha de estar buscando  
—dijo Cristina.

—Creo que tienes razón. Pobrecito, mejor lo dejo aquí para que su mamá lo encuentre.

Adrián, muy triste, lo dejó junto al árbol y los tres regresaron a sus casas. Por más que Esteban y Cristina trataban de animarlo, Adrián no decía una sola palabra; sólo pensaba en su nuevo amigo. Llegó a casa, merendó sin hambre y se fue a dormir.

Al despertar, Adrián se dio cuenta que junto a él estaba su amiguito de la selva, ¡dormido y roncando sobre su almohada! No lo podía creer. Salió de casa, feliz, a buscar a sus amigos.

—¡Me siguió hasta mi casa!— gritaba Adrián, con su nuevo amigo volando junto a él.

Esteban y Cristina salieron corriendo sin poder creer lo que veían.

—¿Cómo llegó hasta acá?— quiso saber Cristina con la boca llena de preguntas.

—Pues volando— aseguró Esteban.

—Tenemos que ir a la Selva Azul —dijo Cristina— si no encontramos a su mamá, será que no tiene y entonces te lo puedes quedar.

—Pero si me siguió, es que se quiere quedar conmigo— exclamó Adrián.

—Vamos a investigar al lugar donde lo encontraste—  
le dijo Esteban a Adrián.

—Yo no encontré a Cirilo, él me encontró a mí— aclaró.

—¿Ya le pusiste nombre? Bueno, como sea. Esto  
está muy raro —comentó Esteban— mejor vámonos.

Llegaron al árbol de donde había caído Cirilo y los  
tres se quedaron como estatuas mirando hacia arriba. No  
podían decir una sola palabra. Del árbol gigante colgaban  
alebrijes como si fueran manzanas; algunos se movían,  
otros parecían dormidos, otros hacían ruidos rarísimos;  
eran de muchos colores y ninguno era igual a otro.

—También están vivos —murmuró Esteban— no  
puede ser, ¡son alebrijes!

—Te digo que son algo de las hadas, o ellas los  
llevaron hasta allá o algún hechizo tienen, o...

—Cristina —interrumpió en voz baja Esteban— por  
favor deja de hablar tanto que los vas a espantar.

—Miren, Cirilo ya está volando cerca de ellos —  
señaló Adrián.

—Ahí ha de estar su mamá —insistía Cristina.

Cirilo empezó a bajar del árbol y junto a él venían  
otros dos alebrijes. Uno de ellos llegó hasta el hombro de  
Cristina; era una gacela muy pequeña, con alas de colibrí  
y cuello de jirafa. Era verde y todo su cuerpo tenía flores  
rosas. El otro brincó junto a los pies de Esteban; era un  
grillo azul con patas de langosta y un cuerno anaranjado en

la frente como unicornio.

—Se me hace que se quieren ir con ustedes —dijo Adrián, mientras Cirilo volaba alrededor de él.

—Adrián, Adrián, ¡despierta! —Abrió los ojos y como en sueños vio a su mamá. Buscó a Cirilo junto a su almohada, entre las cobijas, debajo de la cama, pero no lo encontró.

—Mamá, ¿dónde está Cirilo? No lo encuentro, ¿crees que se haya ido volando?

—¿Quién es Cirilo? Aquí no hay nadie y menos que se llame así.

—Cirilo es mi alebrije que vuela, es mi nuevo amigo.

—No sé de qué me hablas, pero levántate, Esteban vino a verte. Al rato me cuentas de Cirilo y lo buscamos —comentó su mamá.

Adrián bajó la escalera medio dormido.

—¡Hola! —dijo Esteban muy sonriente— este regalo es tuyo. Mi padrino y yo lo hicimos en su taller para ti.

Adrián abrió la caja y con mucho cuidado sacó lo que venía adentro.

—¡Es Cirilo! —gritó emocionado.



Paúl Núñez

# Cassette

Francisco Duarte Cué

Xavo salió de su última clase del viernes, compró un refresco de lata en la máquina nueva que colocaron en el pasillo lejos de la cafetería y al caminar rumbo al estacionamiento, sus ojos de futuro ingeniero no pudieron apartarse de una pequeña caja color azul acero que tenía un cable enchufado y que iba a dar a una diadema con un par de gomas, (como los audífonos del licenciado de las noticias), también pequeñas y anaranjadas. Fue tal la cara que puso, que la propietaria del aparatejo y compañera de alma mater, se retiró los audifonitos y le dijo: “hola, ¿quieres oír?” a lo que el joven estudiante aceptó de inmediato. La nitidez del sonido era impresionante, se sentía al intérprete como si estuviera sentado en la misma banca de fierro colado, como si no fuera una grabación electrónica y, para mayor agrado, la música era tocada en guitarra, instrumento que acompañaba a Xavo de buen tiempo atrás.

Al devolverle los audífonos no pudo dejar de preguntar por el trique electrónico a lo que le respondieron que era un Walkman que fabricaba la Sony, reproducía cassettes y las bocinas eran los audífonos que por eso se oía tan bien porque no había ruido de fondo. También se enteró que la jovencita no tenía más música que la del cassette de demostración que venía incluido en el paquete original y



que había sido un regalo de su novio quien lo había traído de un viaje reciente, tan reciente que lo estaba estrenando ese mismo día. Todavía medio asombrado, agradeció la explicación, el dato del origen y, en especial, la mini sesión de escucha y enfiló rumbo a su coche.

Todo el camino a su casa se fue imaginando cómo se oiría algo tocado por él en su guitarra a través de ese mismo aparato y de inmediato, como pudo, se dio a la tarea de hacer una cinta para intentar la escucha ansiada. La terminó el domingo no muy tarde, le pegó las etiquetas identificadoras, le botó las protecciones, guardolo en su estuche de acrílico y lo puso en su mochila para llevarlo a la escuela al día siguiente. Hasta ahí bien, pero... dónde demonios iba a encontrar a la dueña del Walkman en la enormidad del campus universitario, además ni su nombre sabía y era probable que no la reconocería por andar fijando la atención en lo electrónico y no en los ojos de la propietaria; solo la suerte podría actuar; y actuó.

No fue él quien la reconoció caminando rumbo a la cafetería por el pasillo principal sino ella, Jackie, quien lo recordó y saludó de inmediato. De manera nerviosa, le platicó su logro musical y le acercó su grabación logrando con eso que ella se apenara un poco pues no traía consigo el reproductor, ('se le acabaron las pilas' le dijo 'y no he ido por unas nuevas'). No sin cierto coraje interno hubo de optar por un caballeroso 'no te preocupes, total son

grabaciones más que ni valen la pena’, y cuando iba a regresar el cassette a su mochila ella le detuvo la mano y le dijo que, si se lo prestaba para oírlo luego, cuando tuviera pilas a lo cual el futuro ingeniero no solo accedió, sino que dijo que por favor lo considerara un obsequio. ‘Obsequio aceptado’ reviró de botepronto para concluir con un ‘pero sólo si puedo decir que fue hecho para mí’.

El ego del joven intérprete surcaba los cielos primero por lo que le habían solicitado y luego por suponer, claro sin conceder, que sus pulsadas de cuerdas iban a sonar como el ‘demo tape’ que conocían sus oídos. Tardaría mucho en saber del destino final de su casero experimento sonoro, tal vez, su proyecto fortuito más rendidor de todos los que haría en su brillante carrera profesional.

Las vacaciones escolares le hicieron perder todo contacto y, con franqueza, toda esperanza de oír sus interpretaciones; además, no había podido conseguir un Walkman propio y, en aquellos tiempos, las importaciones no eran tan comunes como ahora, aunque los dólares sí eran igual de caros. Tampoco pensó en hacer una copia de la cinta magnética por su algún día lo adquiriría, total; un desastre multilateral, o sea, por todos lados por donde se le viera.

Regresó a clases con más ilusión de encontrarla que de cursar sus últimas materias, (bueno, eso decía), y en eso la suerte volvió a hacer su parte: se encontraron. Al verle

Jackie no pudo más que reír con alguna discreción para terminar confesando que, la verdad, no había escuchado nada y que ni las pilas le había cambiado. La risa resultó contagiosa y Xavo le ofreció llevarle unas pilas a cambio de su dirección para entregarlas: el trato fue aceptado a la primera oferta. Terminando las clases de ese día, Xavo se apersonó en la tienda de electrónica para comprar baterías de máxima calidad y luego cambió de tienda a una de regalos para que las envolvieran y les pusieran un moño.

Le llamó por teléfono, venciendo para ello algunos miedos y nervios, y le preguntó que si el domingo pudiera pasar a dejar las baterías convenidas. Le dijo que no. Ese día era de compromiso familiar y procuraba no fallarle. Xavo se quedó pensando que si los 10 minutos de la entregada y caballerosa colocada de las pilas pudiera echar a perder su día entero y mejor prefirió cambiarle el tema a su mente, encendió la tele de su estudio y optó por una película sabatina previa elaboración de un bowl de palomitas de maíz.

Pasaron unos días y volvieron a coincidir el campus, Xavo entregó las pilas, (de las que no se separaba), y ella las aceptó sonriente con un brillo tal en su cara que, sin mediar razón alguna, Xavo la invitó a un concierto que daría su maestro el muy afamado guitarrista César Valenzuela, a quien Jackie ni conocía, pero le movía la curiosidad. Por infortunio pleno, ese concierto se realizaría en día domingo

por lo que Xavo, previa explicación, se disculpó y retiró la invitación. Jackie se quedó algo pensativa y le preguntó que si el evento sería el domingo entrante, que si sería cosa de terminar antes de la hora de la comida y que si no era muy formal; a todo le contestaron que sí. Pasado el intercambio de tanto dato y pretexto disfrazado, Xavo quedó de pasar por ella ese domingo a las 10:30 de la mañana. Y así fue, estuvo a la puerta a las 10:25 parra tocar el timbre a las 10:30; Jackie salió de inmediato y con algo más de prisa de lo esperable. El tiempo fue más que suficiente para buscar buen lugar de estacionamiento y caminar muy poco rumbo al teatro.

Caminaban por calles de la zona centro rumbo al concierto cuando Xavo le propuso que se salieran después de la participación de su maestro con la orquesta, en el intermedio, y que con ello tendrían la holgura necesaria para regresar hasta su casa. De un solo movimiento, ella lo tomó del brazo y se colgó del mismo, y le dijo que no quería regresar pronto a su casa, que mejor pasaría un rato más con él si es que no le molestaba. Xavo se desconcertó, pero le pareció una buena idea como para rematar un domingo, inesperada, pero muy aceptable.

A fin de cuentas, sí se salieron en el intermedio, con los oídos cansados de tanta bella nota que tocó el maestro Valenzuela, para ir a dar al Jardín de los Alemanes a tomar cerveza y comer salchichas artesanales, luego fueron al

Casino Español por una buena comida de domingo para rematar en la Dulcería México en donde cada quien escogió un dulce y Xavo compró una cajita de regalo, se la dio a Jackie y le pidió que se la llevara a su mamá.

La plática en el trayecto de regreso fue mucho más fluida que en el de ida y el nervio de estar juntos lo habían aminorado la cerveza y el vino. Llegaron a su casa. Le abrió la puerta del coche y oyó un ‘por favor, pasa, para que te presente’, y eso hizo. Se aplacó el pelo con las manos y entró.

Estaban sus papás y una señora, que luego sabría que era una cuñada, sentados en una terraza, la mesa del comedor aún con muchos platos sin recoger y el ambiente un tanto denso. Jackie entregó el presente diciendo ‘te compramos esto’, la señora agradeció con toda amabilidad y puso la cajilla en una mesa lateral a su silla; al lado estaba su papá a quien le plantó un beso de saludo y procedió a presentar a Xavo. No había forma de sacarle plática a nadie y, en realidad, estaba muy incómoda la situación, se sentía que algún problema había pasado y no estaba ni cerca de resolverse. Xavo pidió permiso de pasar al baño de visitas con la pura intención de respirar hondo y mojarse la cara antes de despedirse. Jackie le indicó el caminó y allá fue.

No bien había cerrado la puerta cuando oyó voces fuertes en la terraza, con la fidelidad del Walkman, pero en vivo. Estaban regañando de mala manera a Jackie y

diciéndole en fuerte reclamo que esas cosas ‘no se hacían’, que si no estaba dispuesta al compromiso que lo dijera pero que no volviera a hacer pasar a su familia entera por el papelón que se había generado con su ausencia en la comida, que estaba lo suficientemente grande como para saber lo que era buscar pareja de vida.

Xavo no pudo alargar más su estancia en el baño y tuvo que salir a despedirse con lo cual generó un silencio repentino y abrupto. Con un ‘te acompaño a la puerta’ Jackie se lo llevó casi empujándolo del brazo a la altura del codo y le pidió silencio hasta llegar a la puerta. Ya con la puerta abierta y Xavo pisando la banqueta, Jackie le agradeció por un día maravilloso, un paseo que le permitió virar su vida y no tener que estar presente en la comida en la cual iban a pedir su mano en matrimonio. Le dijo que había sido hasta ese momento el domingo más recordable de su vida, aunque aún faltaba una parte, de suyo, muy complicada; iba a ser regañada, muy criticada y casi forzada a cambiar una decisión que ya tenía tomada y que, sin saber por qué, no tenía en mente moverle un ápice al resultado de la misma.

El sonrojo de Xavo fue tan grande que ella le pidió calma, lo tomó por los hombros y lo tranquilizó al frotarlos con sus manos. Él supo que era momento de irse y, por primera vez, acercó sus labios a una de las mejillas de Jackie, quien al sentir el movimiento viró un poco la cara para que el beso aterrizara en sus labios. Xavo se sonrojó

aún más y casi corrió para subirse a su coche.

Iba a arrancar cuando Jackie le tocó en el vidrio para decirle: ‘quiero verte mañana y, por favor, trae tu guitarra que ya me cansé de oírte en el mismo cassette’. Convertido en un manojo de confusiones, Xavo llegó a su casa y se puso a ensayar, a ensayar y a ensayar.

Eso pasó hace poco más de treinta años, una casa, dos hijos, algunos viajes, muchas comidas, grandes días con sus noches y un trío de nietos que corren y corren.



Paúl Núñez

# Desesperación

Juan Antonio Díaz Becerra

En un atardecer, él contempla la superficie del cuerpo que tiene enfrente, el largo camino de ascenso que tiene que recorrer. El sol comienza a descender, inexorable, sobre el horizonte, no le importa, tiene tiempo, mucho tiempo... tiempo que le fue concedido para desafiar a la muerte y a los hombres de su edad que ya se niegan a gozar de los placeres del sexo. Tiempo otorgado como una maldición. Sonríe. Tiempo. Ella no sabe que es lo único que necesita.

Recorre con sus dedos cada poro, cada hendidura, cada grieta de la piel que se le ofrece. Siempre le parece igual, aunque siempre es distinta. El tiempo, el camino, sus manos han hecho mella en ese cuerpo que yace a su lado. Descubre nuevas estrías, nuevas aristas, nuevas muescas. Sonríe de nuevo. Tiempo, camino y manos son lo único que necesita.

Apoya su mejilla, su pecho, su pelvis contra la superficie que palpita. Siente los latidos del corazón joven de la muchacha a su lado, la vibración de su energía, el estremecimiento de la mujer que le aguarda, de la mujer que lo recibe y se entrega a las manos que se demoran en sus pechos, en su cadera, en su vientre, en su sexo.

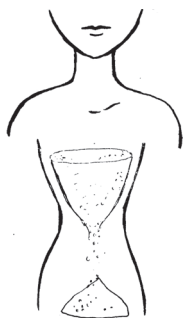
Más, más, susurra la mujer retorciéndose de deseo insatisfecho, de anhelo. Y él se desespera, siente que no la puede complacer, que en un santiamén se han acumulado todos los



años de su existencia, se golpea la cárcel de su viejo cuerpo con los puños intentando quebrar los muros, penetrar en ellos y que vuelva a parecer la vitalidad de sus años mozos.

No puede. No puede. Tiempo. Sólo necesita tiempo. Tiempo. Segundos, minutos, horas, días, años, siglos, milenios. ¿Cuánto requiere para acabar y dejar su huella en esa piedra sacrificial que está a su disposición? Intenta ser paciente, tranquilizarse, pero a veces es tan dura la espera, el esfuerzo, la noche y su quietud, que se deja vencer por sus temores, se da por vencido.

La piedra es su amante, su deseo. Apoya las manos en su superficie, afianza los pies en la tierra y comienza la exploración de ese cuerpo, ahora sólo con besos y caricias, será todo por el día de hoy pues lo demás se niega a despertar. Tal vez con eso revele a la mujer que está encerrada en el fondo del alma de ese ser a su lado. Tal vez mañana. Tal vez dentro de un rato o quizá en un año la cosa será diferente. Tiempo, tiempo... tiempo es lo único que necesita.



Paúl Núñez

# El mago

Bárbara Méndez Trillo

En la Ciudad de México, dentro de un club de equitación prestigiado, se encontraba El Mago, un caballo pura sangre de 1.80 m de altura, prieto con una característica única que lo distinguía de los demás, tenía unas bolas grandes en los corvejones que se le veían muy feas, pero no le dolían.

Su dueño, el coronel, lo recibió como regalo por su impecable atención como veterinario de los caballos del dr. Loxon. Bárbara, la hija del coronel, tenía apenas 8 años, le encantaba acompañar a su papá a trabajar, pues siempre veía la oportunidad de que le prestaran un caballo manso en el que se pudiera montar para dar un paseo.

Un día, al llegar al club, el coronel le pidió a Bárbara cerrar los ojos, para darle una sorpresa, ella no sabía que sería un momento que cambiaría su vida para siempre.

—Abre los ojos, hijita —dijo el coronel.

La niña obedeció y vio una caballeriza con un moño rojo gigante en la puerta y un letrero que decía: “Felicidades, hijita, espero que lo disfrutes”. Adentro vio un hermosísimo y muy alto caballo. La emoción de Bárbara era tal que brincó casi hasta el techo, abrazó a cuanta persona se encontraba en la cuadra, abrió la puerta de la caballeriza, abrazó al caballo y le preguntó:

—¿Cómo te quieres llamar?

Y el caballo le susurró:

—Soy El Mago.

Bárbara, sorprendida de haber escuchado a su caballo hablar, volteó a ver a todos y se dio cuenta de que los demás no lo habían oído.

—Sólo tú me entiendes, mi niña, tus deseos fueron concedidos en el mundo de los magos y me mandaron para cumplirlos y hacerte feliz.

Bárbara, atónita, se quedó en silencio.

—¿Qué pasa, mi niña? —dijo el coronel— estás muy pensativa, ¿quieres montarlo?

Bárbara, creyendo que estaba a mitad de un sueño, sólo les dijo que sí, mientras tomaba la cubeta y el cepillo, emocionada. Lo limpió, ensilló y se lo llevó a dar un paseo.

—Pero, ¿cómo es que hablas, Mago?

—No hablo, sólo tú me escuchas, estoy aquí para cumplir tu deseo, pues has sido una niña buena.

—No entiendo muy bien, pero me gusta, seremos los mejores amigos.

Todos los días a las cuatro de la tarde empezaba la clase de salto de obstáculos en la pista de arena, misma que Bárbara veía sentada en las gradas. Escuchaba los gritos de la maestra entrenando a los jinetes para el próximo concurso, este día por primera vez con orgullo, entró a la pista montada en El Mago.

—Hola, Antinea, mi papá me regaló a mi caballo y ya voy a poder ser tu alumna.

La entrenadora, con una gran sonrisa, le contestó:

—Claro que sí, Barbis (apodo que le tenía desde tiempo atrás) métete a la clase, justo estamos empezando.

Tuvieron buena primera sesión y Antinea le dijo a Bárbara que le pidiera a su papá llamarle para formalizar la inscripción y elaborar un plan de clases. El Mago, mientras escuchaba, le decía a Bárbara:

—Pregúntale que si vas a concursar.

Ella le contestó:

—¿Estás loco?

El Mago insistía, no entendía que ella necesitaba aprender primero. De regreso a la cuadra, Bárbara lo regañaba, le decía que no se podía meter en esos asuntos, pues él no sabía cómo funcionaban las cosas ahí. El Mago enojado le cuestionó:

—¿Qué no ves que hay magia?, no es necesario esperar.

—¿Cómo crees?, no entiendes nada.

Al momento de desmontarlo, el Mago salió a todo galope, la gente en el club lo vio pasar y detrás de él a Bárbara gritando:

—Ven acá, caballo grosero, ¿quién te estás creyendo?

Los alumnos de Antinea se reían sin parar y

cuchicheaban burlándose. Finalmente, El Mago se detuvo frente a un obstáculo, ella se acercó y él se volvió a alejar, las risas no paraban, lo mismo pasó varias veces hasta que El Mago se dejó agarrar. Ella se montó y de nuevo la sorprendió: No le hacía caso, y se encaminó hacia el obstáculo más difícil; Bárbara, para no evidenciar que no estaba haciendo nada, se acomodó y montó como si supiera. Saltaron sin problema. Antinea no lo podía creer y los niños se dejaron de reír.

—Vamos otra vez —ordenó El Mago y volvieron a saltar como si nada.

Antinea aplaudió y le gritó:

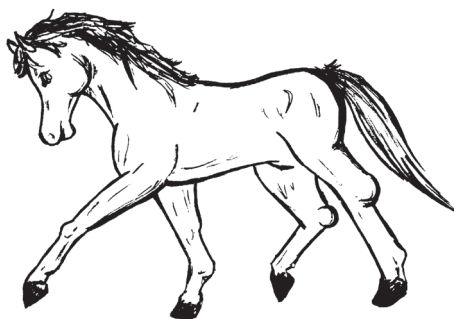
—No sabía que ya saltabas.

Bárbara pensó: “Si le dijera que yo tampoco, no me lo creería”.

—Eres un desobediente, Mago, pero gracias, muchas gracias. Estos tontos se quedaron con la boca abierta, ya nunca se burlarán más de mí.

Lo que Bárbara no sabía es que una de las niñas estaba que ardía de coraje y envidia ya que siempre había sido la mejor, y con lo que acababa de ver, se sintió amenazada. La niña se retiró del grupo y fue a decirle a su papá que quería a ese caballo. Él era millonario y complacía todos los caprichos de su hija, por lo que pensaron que lo lograrían, no sabían que El Mago, solo hacía magia al estar con Bárbara.

Le presentaron una muy generosa oferta al coronel, con esa cantidad podrían comprar varios caballos, pero Bárbara sabía que ninguno sería como El Mago, nadie entendería lo de la comunicación mágica entre ambos. El coronel quiso convencer a Bárbara de venderlo, pero ella suplicó quedárselo, sabía que ni todo el dinero del mundo pagaba lo que El Mago significaba, no sólo era un buen caballo, ahora era su mejor amigo.



Paúl Núñez

# ¿Para qué sirve la poesía?

Cecilia Durán Mena

Sarmiento, M.E. (2020), *Poesía en seco*, Autor

Escribir poesía es entrar a un mundo subversivo que te expone y te hace pedazos. El mundo de un poeta es de una geografía vasta y diversa, rica y compleja. Por eso creo que elevar la pluma para componer un poema, representa uno de los actos de valentía más auténticos y profundos que un escritor puede perpetrar.

No todos están llamados a escribir ni todos los que escriben son escritores. Un poema da cuenta de la vitalidad del espíritu del autor, así como la amplitud del registro de sus emociones. Para ser poeta, hace falta valor más que oficio. María Elena Sarmiento se atreve a dar un paso valeroso y se integra a las filas de quienes eligen palabras precisas para provocar sensaciones particulares de profundo espectro.

En seco, como quien se atreve a regresar a un lugar en el que nunca estuvo, Sarmiento debuta como poeta. *Poesía en seco*, es una antología que se presenta en forma honesta:

“Pretendo escribir sin concesiones,  
de cuerpo entero.

Quitarme los postizos, confesarme”. (p.9)

Así arranca la lectura de esta colección de poemas en los que María Elena Sarmiento nos aclara que lo seco no está peleado con lo grato ni con lo deforme ni con el

monstruo ni con lo siniestro. Por eso me parece que cuando le dije a la autora que estaba leyendo sus poemas para que sus versos me acompañaran en los sueños, sonrío y me guiñó. Me temo que por dentro, le estaba ganando la risa.

Leo *Poesía en seco* por las noches y sueño al son de sus palabras, debo decir que hay veces que los vocablos penetran hondo y pegan profundo:

“¿En qué consite morir?  
Desahuciar a la que piensa,  
A los recuerdos, rutinas,  
Y al fin quedarme quieta”. (p.12)

Debo confesar que, no pocas noches, he perdido el sueño. Me he quedado mirando el techo, con las palabras fijas como un dardo en mi entrecejo. Algunas veces me río, como con el poema *Por encargo* y otras siento que me jala la piel del ombligo:

“Llevo tu nombre, minúscula gloria,  
tus apetencias, algunas virtudes,  
tu sangre, tus genes, tus mangitudes.  
Y, sigo siendo sólo una accesoria”. (p.17)

Y, me sorprende, porque cuando pienso que María Elena me va a asustar con algún poema, —como con *Los espíritus de mi casa*— me llena de ternura su sentido de gratitud:

“Papi Pepe es mi fantasma personal,  
Medida de todas sus casas,  
Superman al que sólo conozco a través de su herencia,  
Semidiós de quien puedo hablar sin parar”. (p. 56)



¿Para qué sirve la poesía? La poesía de María Elena Sarmiento sirve para darle palabras a aquellos sentimientos que están dentro y necesitan una puerta, un cauce que les permitan salir. Hay quienes dicen que la poesía sirve para memorizarla, repetirla, vivirla y revivirla. Puede ser.

Para mí, la poesía sirve para entretejer el sueño y el sentimiento en los momentos de duermevela, en los que, fijos como una tachuela, se me quedan esos poemas en el entrecejo. Y, eso María Elena Sarmiento lo hace con su *Poesía en seco*.



# Consejo Editorial

## Editora General

Cecilia Durán Mena  
cecilia@porescrito.org

## Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

## Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento  
Virginia Meade  
Andrea Fischer

## Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

## Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

## Fotografía de portada

*Sin título* - Alessandra de Zaldo

## Radio

**Conducción:** Cecilia Durán Mena,  
Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

## Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.  
Eloisa Valeria Martínez Carrillo

## Cuarto de Guerra

Ángel Garay, Antonella Capacchione, Carlos Poo, Renée León,  
Melanie Santillano, Ximena Basulto y Ximena Montaña

## Digital

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)  
Ventas y suscripciones  
[ventas@porescrito.org](mailto:ventas@porescrito.org)

## Contacto

[contacto@porescrito.org](mailto:contacto@porescrito.org)  
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número treinta y uno. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.  
Circulación Abril-Mayo de 2021.**



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito\_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

---

Por Escrito

## Ultimátum

*"El placer del texto es que el momento en mi cuerpo persigue sus propias ideas, ya que mi cuerpo no tiene las mismas ideas que yo".*

*El placer del texto (1973)*  
**Roland Barthes**



**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**



[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

Estamos empeñados en atrapar lectores...  
**para NUNCA dejarlos ir**